

en el tratado de Paris se hallaban convenidos. Asi constaba por escrito que Inglaterra obtendria la Bélgica y la Holanda, para formar en contra de Francia el reino de los Países Bajos; que Austria recibiria la Italia hasta el Po y el Tesino; que Prusia sería reconstituida de modo que tornara á su estado de 1805, y en fin, que Rusia desembarazada del gran ducado de Varsovia, ensayo de Polonia francesa que Napoleon habia intentado, se dividiria su territorio amigablemente con sus vecinos. Pero tan poca prisa mostraban de alterar la felicidad general con disputas, que no se habian entendido acerca de la parte de cada cual en la division de los territorios vacantes, dilatando constantemente para la reunion del otoño la inteligencia sobre los puntos dificeles y aun dudosos.

Estos puntos dudosos no podian ser concernientes ni á la Italia, donde se habia concedido al Austria el limite del Po y el Tesino, ni á los Países Bajos, donde se habia tomado por limite definitivo la frontera francesa de 1790; se referian, pues, al centro de Europa, esto es, á los territorios comprendidos entre Rusia, Prusia y Austria, y efectivamente eran de indole propia á suscitar dificultades enormes y aun tempestades.

Sin que apenas lo vislumbraran sus aliados el emperador de Rusia y el rey de Prusia tenian fija en la mente y de un modo terminante la idea de apropiarse íntegramente el uno la Polonia y el otro la Sajonia.

Semejantes en edad y posicion estos dos príncipes, aunque de carácter diferente comenzaron su reinado por estar muy unidos. Les dividieron los

sucesos del año de 1807, época en que vencidos los dos fueron tratados de muy distinto modo, pues en su comun derrota Alejandro ganó provincias y Federico Guillermo perdió la mitad de sus estados; se volvieron á juntar en 1813 bajo la dura opresion de Napoleon, y reanudaron su amistad sobre los campos de batalla de Lutzen y de Leipsick, y allí se prometieron no separarse ya nunca. Asi nada se ocultaban el uno al otro, se lo decian todo, se entendian sobre todo, y cuando hablaba Alejandro habia seguridad de que Federico Guillermo iba á abrir la boca para expresar las mismas ideas. Ahora bien, como Alejandro no solo hablaba sino que pensaba el primero, el uno conducia al otro, sin que esto costase nada al rey de Prusia, pues habian unido tan fuertemente sus intereses como sus corazones. Ambos príncipes se profesaban reciprocamente la estimacion mas elevada, y se consideraban como los dos hombres más de bien de su siglo, á la par que á sus ojos Inglaterra era la mas egoísta y Austria la mas astuta de las potencias. Tambien se consideraban como salvadores de Europa. A darles crédito efectivamente, si Alejandro no diera la señal de la resistencia en 1812, si Federico Guillermo no le siguiera en 1813, si llegados al Oder no hubieran hecho punta hasta el Elba, hasta el Rhin, hasta el Sena, arrastrando en pos de ellos á Europa, aun el mundo civilizado seria esclavo. Nadie les igualaba pues en la estimacion que habian concebido respecto de sí propios, y tal estimacion se fundaba en muchas consideraciones, porque aun cuando Federico Guillermo descubriera á veces la doblez de la debilidad, y Alejandro la de la



móvilidad, dechados eran el primero de rectitud y de modestia, y el segundo de generosidad y de atractivo. Pero como acontece á menudo á los hombres de bien que blasonan de honradez en sumo grado, se tenían por impecables, y hasta hacían de su ambición una virtud. Si el uno deseaba la Polonia y el otro la Sajonia, á creerles, no era sino con las más puras y las más respetables intenciones. Alejandro quería la Polonia para reconstituirla. Con efecto, en sus mocedades dijo y pensó á menudo que la desmembración de la Polonia por Catalina, Federico el Grande y María Teresa, era un atentado odioso que había que reparar absolutamente. Muy importunado al ver esta reparación ensayada por Napoleón de 1807 á 1813, y habiéndola impedido en esta época hasta donde estuvo á su alcance, ya creía llegada la coyuntura de emprenderla por su cuenta propia, y á ello se aplicaba apasionadamente, como á todo aquello en que ponía las miras. Además, para hacer el ensayo tenía facilidades particulares, porque poseía las más de las antiguas provincias polacas. Juntándola al gran ducado de Varsovia, compuesto de esta ciudad, de Thorn, Posen y Kalich, le era dado formar un soberbio reino que se extendiera desde el Niemen hasta los Crapackos, al que otorgaría instituciones liberales y del cual se haría rey, continuando emperador de todas las Rusias. Así llamaríase con el doble título de emperador y de rey, cúspide del poderío humano, y respecto de Rusia figuraría como igual ó superior á Catalina ó Pedro el Grande, puesto que en un solo reinado añadiría al imperio ruso la Finlandia, la Besarabia y la Polonia. Estos sueños de ambición eran

sueños de humanidad á sus ojos. Muchos polacos, persuadidos siempre de que Francia estaba demasiado lejos para reconstituir la Polonia, y de que solo Rusia lo podía intentar eficazmente, otros muchos que no empezaron á profesar esta opinión hasta despues de nuestros desastres, se agruparon en torno de Alejandro, y contribuyeron á inflamar su cabeza. De consiguiente se prometía ser restaurador de Polonia, y restaurador liberal, porque al reunir la toda bajo un mismo cetro, no pensaba sujetarla al despotismo ruso, sino darla algo semejante á la libertad inglesa. Al obrar Alejandro de tal suerte, no se juzgaba como conquistador ni por asomo, antes por el contrario, según su dicho, se despojaría de la Lithuania y de la Volhinia para crear este nuevo reino, y hasta si era menester le pondría bajo el cetro de su hermano Constantino, para hacer ménos sombra á la rivalidad europea, sin reservarse más que el señorío. A sus ojos, prestándose á esta obra el congreso de Viena daría cima á la gloria de la Europa triunfante, de modo que se pudiera decir que había reconstituido el mundo sobre las bases de la justicia, de la libertad y de la verdadera política. Hay que perdonar estas ilusiones, porque ya es algo lo de sentir la necesidad de dar honrosas apariencias á la ambición propia. ¡Cuántos otros se inquietan poquisimo de este cuidado, absorbidos como están en satisfacerla sin pensar en cohonestarla!

Sin embargo, á este galano sueño había una objeción que no se disimulaba Alejandro, aunque tampoco la dejaba sin respuesta. Los territorios con que se formó el gran ducado de Varsovia, habían pertenecido á Rusia, Prusia y Austria; y la parte



principal á Prusia, como que poseia hasta el Vistula y con inclusion de Varsovia. Por tanto habia que despojar de esta vasta porcion de territorio á Prusia, y que indemnizarla en otra parte, y avanzando en tal caso la frontera rusa del Vistula al Oder, habria de sufrir Europa esta extension, que figuraria para ella como un verdadero motivo de alarma, y además se juzgaria contraria á los tratados de Kalisch (28 de febrero de 1813), de Reichenbach (15 de junio de 1813) de Tœplitz (9 de setiembre de 1813), tratados que habian formado sucesivamente los nudos de la coalicion. Segun estos tratados el gran ducado de Varsovia se debía distribuir amigablemente entre los coparticipes de la Polonia, conforme poco más ó ménos á la distribucion antigua; además Prusia habia de volver á juntar diez millones de súbditos, y Austria debía entrar de nuevo en posesion de la Iliria. Esto se prometieron unos á otros al formar la coalicion europea de 1813 contra Francia; pero los triunfos inesperados de esta coalicion permitieron llevar más allá las restituciones, porque además de la Iliria sola iba Austria á recuperar el Tirol y el norte de Italia, con agregacion del estado de Venecia que nunca habia poseido. Inglaterra, que hubiera tenido á fortuna arrancar á Hamburgo y Brema del litoral de Francia, y á más fortuna aun quitarle la Holanda, le iba á quitar hasta la Bélgica para darla á la casa de Orange, si todo el mundo habia superado con mucho sus primitivos deseos, se decia Alejandro; ¿por ventura solamente Rusia habria de atenerse á las estrechas miras concebidas cuando se lisonjaban de llegar á lo más al Elba, y nunca al Rhin? Nó, evidentemente, el lote

destinado á Rusia debía ser proporcionado á los triunfos inesperados de la coalicion á semejanza del de todos los aliados.

En cuanto á Prusia su indemnizacion estaba completamente hallada, la Sajonia, y obteniendo este lote se realizaban todos sus votos. Desde que juntando el genio de las armas y el de la política formó Federico el Grande esta potencia á pedazos, siempre habia tenido cierta especie de deformidad geográfica. Efectivamente á los ojos de cualquiera que examinara el mapa de Europa, se presentaba como un estado de longitud desmesurada, extendiéndose del Niemen al Rhin, conteniendo distritos enclavados en extrangeros territorios y falto sobre todo de consistencia en el centro. Dresde agregada á Berlin, debía corregir en parte esta mala configuracion, proporcionando además á Prusia el campo de operaciones militares, cuya importancia habian demostrado Federico el Grande en el siglo décimo octavo, y Napoleon en el décimo nono, dándola por súbditos, en vez de polacos desafectos, alemanes buenos y de los mejores, constituyéndola asi la primera de las potencias alemanas, y por último preparando ese porvenir de unidad germánica realizada por Prusia, que exalta toda cabeza prusiana asi que se le muestra en perspectiva. A la par que Alejandro creia deber á la humanidad la reconstitucion de la Polonia, Federico Guillermo creia deber á Alemania el beneficio de este gran paso hácia la unidad prusiana, y se lisonjaba de pagar por tal via cuanto sangre se habia derramado, por la libertad comun, no fijándose en que más que por la unidad germánica trabajara de esta suerte por la unidad prusiana; en que los estados



secundarios alemanes se alarmarían hasta el más alto punto; en que Austria se sublevara especialmente; y en que Europa se asustaría de pagar á Rusia el precio con el abandono de la Polonia. A semejanza de Alejandro hallaba numerosas respuestas á cuantas objeciones se pudieran hacer á la realizacion de sus votos, porque el prisma del deseo muestra siempre las cosas á medida del gusto. A su decir, diez millones de súbditos se habían ofrecido á Prusia, sin indicar de donde habían de ser tomados, y no excedería este número con la agregacion de la Sajonia, solo que los tomaría donde le convenia tenerlos. Como el rey de Sajonia era un traidor que había abandonado la causa de Europa, no se podía alegar su interés para impedir combinacion semejante. Además juntas Rusia y Prusia no tenían por que temer contradictores. Austria se hallaba tan ocupada en saciar su codicia en Italia, é Inglaterra en los dos hemisferios, que no hacían caso ni una ni otra. Francia no merecía ya miramientos. Por fin, Europa debía tales obligaciones á Rusia y Prusia que no les podía negar la realizacion de votos tan legítimos y honrados. Tales eran las razones que se daba Federico Guillermo, y que le parecían excelentes. Por lo demás entre Alejandro y Federico Guillermo había palabra empeñada, y á Viena llegaban persuadidos de que el uno obtendría la Polonia y el otro la Sajonia.

¿Y era posible que Inglaterra y Austria no hubiesen vislumbrado estos designios, y qué, si los habían vislumbrado, los hubiesen admitido sin réplica alguna? Ciertamente hay aquí motivo de asombro, cuando se piensa en la violenta oposicion que estalló muy en breve. Pero, según hemos di-

cho, por miedo de perturbar la union, se habían explicado muy poco. Siempre se había hablado, y era cosa ya convenida, de la reconstitucion de la Prusia, del castigo del rey de Sajonia, que parecía merecido, de la distribucion del ducado de Varsovia, lo cual resultaba de los tratados. Hasta se había hablado de la reconstitucion de la Polonia como de uno de los asuntos que podrían ser sometidos al congreso. Pero tantas cosas se había llamado la Polonia en el transcurso de cincuenta años, que se podía pronunciar esta palabra sin que se determinase ninguna frontera precisa. Por consiguiente se permanecía en una vaguedad cómoda á todo el mundo, fuera de que las preocupaciones inmediatas alejaron de las preocupaciones remotas. Siempre dominada Inglaterra por los recuerdos del bloqueo continental, y no pensando más que en imposibilitar su renovacion para lo sucesivo, con este fin había ideado el reino de los Países-Bajos, y trabajaba por restaurar el de Hannover, y quería asegurar á uno y otro la Prusia por aliada, y estaba pronta á concedérselo todo á esta potencia, á trueque de que se asociara á sus miras. Mucho más previsora, Austria había discernido mejor que Inglaterra los planes de Federico Guillermo y de Alejandro, como que se trataba para ella de dejar que Prusia se estableciera en todos los desfiladeros de la Sajonia, de dejar que se extendieran hasta la falda de los montes Crápackos las olas de la raza eslava; pero no eran estas sus únicas inquietudes, y á pesar de las prosperidades presentes, jamás tuvo tantos ni tan grandes desvelos. Si al Oeste y al Norte la podían inquietar Rusia y Prusia, además tenía que reconstituir á Ale-



mania, que determinar su puesto constitucional en ella, que organizar á Italia, que contener á Murat, que vigilar al prisionero de la isla de Elba, que observar á la misma Francia, y cuidando mucho, al ocuparse en estos diversos intereses de que la atencion dada á los unos no perjudicase á los otros. Resuelta estaba, pues, á emplear sus medios habituales, es decir la paciencia, la sutileza, la vigilancia, y á más no poder la fuerza. De los trescientos mil soldados de que disponia por entonces, no ménos de doscientos cincuenta mil juntó en Bohemia y en Hungría, no dejando más que cincuenta mil en Italia, sin embargo de que allí estaba expuesta á tener encima á Murat, á los italianos, y quizá al prisionero de la isla de Elba. Sin decir palabra habia tomado posicion á la parte de la Polonia y de la Sajonia, pero cuando mayores podian ser las dificultades, más deseaba triunfar de ellas por la union y buena inteligencia de lo que se llamaba *los cuatro*, á saber: de Inglaterra, Austria, Rusia y Prusia, porque en su concepto, si se dejaba que interviniesen Francia y los pequeños Estados alemanes, se corria el riesgo de caer en un verdadero caos, de donde surgiría nuevamente Lucifer, es decir, Napoleon, que aun no habia salido de la memoria de los hombres, y que ciertamente distaba de estar resuelto á que se borrara tampoco, por más que aparentara el sueño profundo, que suponian sus prodigiosas fatigas. Asi las primeras palabras pronunciadas en Viena fueron iguales á las últimas que se habian pronunciado en Lóndres, y se dijo que era forzoso seguir unidos por encima de todos, aun á costa de los sacrificios mayores, y tanto más se dijo esto cuanto que

se sentia llegar la hora en que la desunion se abriera paso.

Tales eran, pues, las disposiciones que se llevaban á Viena: un inmenso deseo de seguir la union, y una inmensa codicia incompatible con la union á todas luces. Jamás se vió tan de bulto como ahora la falta cometida por Francia al firmar el tratado de Paris con precipitacion suma, ahora que Europa estaba fatalmente condenada á dividirse, por ser imposible que Austria consintiera en dejar que se estableciese Prusia en Dresde, Rusia en Cracovia, y que las potencias secundarias se aviniesen á que fuera suprimida la más respetable de ellas, la Sajonia, por un pecado que les era comun á todos, el de la alianza con Francia, y que Inglaterra dejara que fuesen consumados estos actos de ambicion á la vista del parlamento británico. Si en medio de tal division llegara Francia á Viena sin estar ligada por un tratado, sin tener de consiguiente trazadas sus fronteras, indisputable es que se hallara en situacion muy diferente de la que tenia en Paris por el mes de mayo. Entre Rusia y Prusia de una parte, queriendo á todo trance la Polonia y la Sajonia, y Austria é Inglaterra determinadas á negarse de todos modos, aquel de los dos partidos que tuviera de su lado á Francia, bien podia estar seguro de adquirir una superioridad tan decisiva, que nada se omitiera por captarse su apoyo, y que por conseguirlo no se escatimaran las concesiones. Naturalmente los dos potencias más inclinadas á otorgárselas á Francia eran Rusia y Prusia, porque sus intereses estaban junto al Vístula y el Elba, y no junto al Rhin ó el Escalda. Casi es pues seguro que poniéndonos



de su parte lográramos fronteras muy distintas que las del tratado de París. Aunque no ganáramos sino la línea de las plazas fuertes solicitadas por nuestros negociadores, ya la ventaja fuera grande, y obtenida por la política tan solo, valiera de fijo á los Borbones una popularidad de que carecían á todas luces. Fatal desgracia era la de llegar á Viena con el dogal del tratado de París al cuello. Sin embargo, el mal no se resentía de irremediable, y arbitrios habia para sacar provecho de la nueva situación. Todo anunciaba efectivamente que el conflicto seria de los más enormes, dado que Rusia y Prusia parecían dispuestas á las últimas extremidades, á trueque de adquirir la Polonia y la Sajonia. Ahora bien, si las cosas llegaban al punto de que se anudasen alianzas, y se preparase la guerra, no era de suponer que fuera obstáculo un vano texto, haciendo más hincapié en el tratado de París, que en el de Chaumont. Nosotros ciertamente no podíamos propalar la intencion de eximirnos del tratado de París, más no declarándonos demasiado pronto, dejando entrever nuestro apoyo, y tardando algo de tiempo en darlo, tan ardientes estaban Rusia y Prusia, que verosimilmente pronunciarán las palabras que no nos atrevíamos á decir, y nos ofrecieran lo que no nos atrevíamos á solicitar. Imposible es saber hasta qué punto la condicion nuestra hubiera mejorado, con que mejorara ya habia suficiente, pues de seguro la mejora siempre fuera proporcionada á la gravedad del conflicto. Añadamos que, aun siendo este grande, unidos á Rusia y Prusia no era de temer para nosotros, Hasta es probable que Inglaterra y Austria no osaran arrostrar la guerra, que

cedieran al cabo, y que de consiguiente nosotros fuéramos árbitros de esta situacion, y árbitros recompensados de sobra. Asi el tratado de París no era una imposibilidad absoluta, sino una dificultad que se podia superar con un poco de destreza, y no habrá quien no convenga en que la destreza era muy licita ante adversarios, que habian usado y abusado de la fuerza contra nosotros.

Esta conducta supone que se determinara asentir á los votos de Rusia y Prusia ¿Y nos fuera perjudicial este asentimiento? Alcanzando Rusia toda la Polonia, de la cual tenia ya la mayor parte, desde el Vístula donde se hallaba establecida avanzara hasta el Wartha. Alcanzando Prusia la Sajonia, colindara más con Austria. Asi Rusia infundiera más zozobra á Alemania, y Prusia más zozobra á Austria. ¿Por ventura de esto nos debíamos inquietar los franceses? ¿Acaso nos tocaba atender á la íntima union de las tres potencias continentales que habia servido para vencernos, que despues de vencernos habia servido para imponernos el tratado de 30 de mayo, y que luego por espacio de cuarenta años ha tenido nuestra política bajo el yugo de una coalicion permanente? Si era forzoso que por su posición molestaran á alguien los prusianos, ¿no valia más que fuesen incómodos para Austria, situándolos en Dresde, que para nosotros situándolos en Aquisgran y Colonia? A la verdad el equilibrio germánico, parte del equilibrio europeo, se resintiera algo de ser trasladada la casa de Sajonia del Elba al Rhin, segun se lo proponian Alejandro y Federico Guillermo. ¿Más qué utilidad tenia ese equilibrio germánico, tan profundamente alterado en nuestro siglo, ni para



nosotros, ni para Europa? Todo estribaba en erigir pequeños estados entre los grandes, para amortiguar entre estos últimos los choques. ¿Y no valía más para el interés nuestro que los Estados germánicos aun existentes se situaran entre nosotros y Prusia para evitarlos choques con ella, que entre Prusia y Austria para ahorrar choques á estas dos naciones? ¿Y no estábamos autorizados más que en ningún tiempo y en ninguna circunstancia, para pensar en nosotros, exclusivamente en nosotros, despues de habernos desamparado Sajonia sobre el campo de batalla, y de haber prescindido Europa de todo espíritu de moderación respecto de los franceses?

Enunciar tales cuestiones casi equivale á resolverlas, y al cabo de medio siglo asombra que se pudieran mirar tan singularmente en la época de que referimos la historia. Por desgracia no había más gobierno para lo exterior que para lo interior por entonces, y ni siquiera se suscitaron en el Consejo real estas cuestiones de tanto bulto. Así como no se había consultado si convendría diferir dos meses la convención de 23 de abril, por la cual nos deshicimos de prendas preciosas sin anticipar un solo día la marcha de los ejércitos aliados; así como no se había consultado si valdría más aplazar el tratado de París por seis meses, es decir, hasta el momento en que unidas para despojarnos las potencias, se diydieran con ocasión de repartirse nuestros despojos; tampoco se había consultado á que partido sería conveniente que nos asociáramos en Viena. Culpa fué de la defectuosa organización del Consejo real más bien que de la alta de luces de sus individuos. Según se ha visto,

este consejo, mezcla confusa de príncipes, de ministros con cartera, de ministros sin cartera, bajo un rey galano de talento, distraído, perezoso, propenso á dejar gobernar, aunque no á sufrir á su lado un gefe de gabinete, extendiendo su activa vigilancia á todos los negocios, no podía dar de sí más que resultados sin enlace. Donde había un ministro especial dotado de capacidad verdadera todo iba á maravilla. Así la hacienda gozaba de esta ventaja, y hallábase dirigida superiormente. En los otros departamentos, y en el de lo Interior sobre todo, las cosas se abandonaban á la ventura, y no regían más que las pasiones del partido dominante. Al rey como tal se habían dejado los negocios exteriores, y á Mr. de Talleyrand como el hombre á quien se respetaba por más hábil en estas materias; y se van á ver las resultas.

En cuanto á los negocios extranjeros las miras de Luis XVIII eran moderadas y bastante prudentes como en todas las cosas, y limitadas á semejanza de sus aspiraciones (1). Dándose por feliz con

(1) Quizá en toda la historia de nuestro siglo, no hay asunto en que los historiadores, así franceses como extranjeros, se muestren peor enterados que respecto del congreso de Viena, y no lo hay más importante, puesto que en el tal congreso se constituyó la Europa moderna, y se fijó un estado de cosas que ha durado cerca de cincuenta años. Yo escribo teniendo á la vista los documentos más auténticos extranjeros y franceses, y con especialidad la correspondencia secreta entre Mr. de Talleyrand y Luis XVIII. Aquí se halla referida la parte anecdótica y personal de aquella grande escena con todos los pormenores que podían interesar á un rey agudo, malicioso, amante del escándalo, y casi sin preocupación alguna, á no ser la de su origen, al que nada hallaba igual en la tierra. Mon-



haber vuelto al trono de sus padres, con recuperarlo todo entero, y hasta con una ó dos plazas más, y un magnífico museo, de que se cuidaba muy poco, no desaba acrecer su reino, sin hacerse cargo de que, habiendo adquirido ensanches los demás estados, y quedando Francia reducida á lo que era en 1792, se hallaba relativamente aminorada, y si llegaba á reconquistar su superioridad, lo debería á los beneficios de la revolucion, que no avaloraba en lo más leve. Luis XVIII tenia dignidad, más ninguna ambicion, se adheria sobremanera á la paz á causa de sus años, de sus achaques, de sus desventuras y del agotamiento de Francia, y con razon no la queria comprometer ligeramente. Por otra parte la manía de mezclarse mucho en los negocios exteriores era una tradicion imperial que le movia á desagrado, y anhelaba que en Viena se representara un papel digno, pacífico y aprovechable solo en un punto, el de que se le libertara de la presencia de Murat sobre el trono napolitano.

sieur de Talleyrand suministraba los materiales de esta correspondencia á Mr. de la Besnadière que la redactaba, y despues la volvia á copiar de su letra. A menudo respondia al rey por sí mismo, ó por Mr. de Blacas. En cuanto á los negocios propiamente dichos, el duque de Dalberg los trataba en una correspondencia especial con el gabinete, que dirigia Mr. de Jaucourt en ausencia de Mr. de Talleyrand. Menos picante esta, aunque más seria, nada deja que desear bajo el aspecto de los negocios, expuestos allí con claridad, con exactitud, con gran conocimiento de las cosas notables, bien que siempre bajo el punto de vista de la legacion francesa. No puedo citar los documentos extranjeros que he consultado, pero son auténticos de igual modo, y me autorizan para considerar la relacion que se vá á leer como fidelísima y completa.

Dejar la pequeña usurpacion sobre uno de los tronos de Europa, cuando habia caido la grande, le parecia una inconsecuencia, un baldon para todos los soberanos, y un verdadero peligro para Francia. *Flagitio addit damnum*, decia en su gusto de revelar su pensamiento con adagios latinos. A la verdad miraba á Nápoles como un apeadero, donde Napoleon podia bajar á cada momento, desde donde marcharia con ochenta mil hombres sobre los Alpes, y allí solevantaria todos los elementos que fermentaban aun en Francia. Atribuyendo las dificultades con que tropezaba en el gobierno interior de su reino, á las intrigas y al dinero de Napoleon, se negó á pagarle la renta de dos millones estipulada por el tratado de 14 de abril, y hasta queria que se le trasladara á las islas Azores. Despues de esta traslacion y del destronamiento de Murat, deseaba que no se dejase el ducado de Parma á Maria Luisa, otra inconsecuencia y otro peligro, en su concepto, de la política europea, y que se restituyese este ducado á la casa de Parma, aliada de la de los Borbones. Finalmente en su calidad de hijo de una princesa sajona, le parecia decoroso para su cetro lo de salvar al rey de Sajonia. Pero este último objeto lo colocaba muy detrás de los otros. Por ninguno de ellos arrostrara la guerra, ni un disturbio; pero deseaba que se llevase á cabo cuanto fuera posible por la política tan solo. Como medio de la política admitia las alianzas, más no queria adoptar ninguna demasiado estrechamente, porque á su ver las alianzas íntimas comprometian y llevaban poco á poco á la guerra. Entre las cuatro grandes potencias de Europa, de las cuales pudiera buscar la alianza, se inclinaba por gusto á la



de Inglaterra, pues en todas las demás le desagradaba mucho alguna cosa, en Rusia la imprudencia del soberano, en Prusia las opiniones demasiado liberales de la nacion, en Austria el parentesco con Bonaparte. Sobre este punto, según se ha visto, llevaba la prevención hasta el extremo de rechazar una alianza de familia con Rusia, alianza que pudiera ser de las más útiles consecuencias. No teniendo más herederos que sus sobrinos, y entre estos al duque de Angulema sin prole, le convenia casar al duque de Berry, si deseaba conservar á la línea primogénita la corona. Así el conde Pozzo di Borgo habia pensado en unir á la gran duquesa Ana, la misma con quien Napoleon debió casarse, y al duque de Berry, y habiálo procurado con su ardimiento de costumbre, haciendo valer los servicios ya prestados por Rusia, y los que aun podia prestar, y en suma ponderando sobremañera todas las ventajas de semejante matrimonio. Pero, además de considerar Luis XVIII un enlace con los Romanoff como cierta especie de desdoro para la casa de los Borbones, no se queria ligar ni á Rusia ni al emperador Alejandro, y alegaba las razones religiosas, que en general le hacian poca fuerza, y exigia que la princesa abjurase antes de llegar á Francia, y oponia al proyecto mil calculadas frialdades. Según acabamos de manifestar, de elegir una alianza hubiera elegido la de Inglaterra; más ni esta queria sino con reserva extremada. Entenderse con Inglaterra sin empeñarse demasiado, y por virtud de esta inteligencia, desembarazarse de Murat y del prisionero de la isla de Elba; lograr la restitucion del ducado de Parma á la reina de Etruria; dulcificar algun tanto la suerte del rey de

Sajonia, abarcaba toda la política de Luis XVIII. Más por ninguno de estos objetos, á excepcion quizá del destrouamiento de Murat y de la traslacion de Napoleon á otros mares, se aviniera á arrostrar serias complicaciones. Con todo, luego de expresar á su negociador tan modestos deseos, le dejó libre para conducirse según le pareciera más oportuno, y apenas fijó la vista en una voluminosa memoria redactada en el departamento de Negocios extranjeros bajo el título de *Instrucciones*, y abarcando en todos sus pormenores los innumerables asuntos de Europa. Casi la firmó sin leerla.

Mr. de la Besnadiere, redactor de esta memoria, y profundo conocedor del pormenor de los asuntos europeos, á los votos formados por Luis XVIII añadió allí la expresion de los deseos de Francia sobre algunos otros puntos. Así, habiendo salido de nuestras manos las plazas de Luxemburgo y de Maguncia, convenia impedir que pasasen á las de Prusia ó Austria. Efectivamente no se podian dejar con seguridad sino en manos de Holanda ó Baviera. Respecto de Italia no era suficiente alejar á Murat en provecho de Fernando IV, ni á María Luisa en provecho de la antigua reina de Etruria, se necesitaba resolver una cuestion del interés más elevado, la de la sucesion al trono en la casa de Saboya. No tenia hijos el anciano rey de Cerdeña, ni más que un heredero tambien sin prole. Por lo tanto importaba asegurar la sucesion en la rama de Cariñan, si no se queria que, por virtud de un matrimonio, el Piamonte pasase un día á la casa de Austria. Finalmente convenia tratar de los donatarios franceses, entre los que figuraban en primera línea algunos mariscales, y salvar del general



nafragio sus dotaciones, si era posible. A esto se reducian los puntos secundarios, aunque muy importantes, añadidos a la tarea de nuestro negociador por el redactor de sus instrucciones.

Mr. de Talleyrand era este negociador, y tan indicado que no habia otro posible. Se le dió como adjunto al duque de Dalberg, muy idóneo para auxiliarle, á causa de su rara sagacidad y de sus vastas relaciones en Alemania. Por lo demás, segun se ha visto, con la moderacion de sus votos habia simplificado singularmente Luis XVIII la tarea de sus dos representantes en Viena. Efectivamente, si consintiendo en atenerse al tratado de 30 de mayo, no se queria más que derrocar á Murat, proporcionar algunos dominios á la casa de Parma, y mantener al rey de Sajonia una parte cualquiera de sus estados, se tenia en favor la fuerza de las cosas y casi la seguridad del triunfo. Evidente era que, estando Murat en contradiccion chocante con la situacion presente de Europa, y no teniendo en su apoyo mas que á Austria, comprometida hasta la primera falta que cometiese, pronto la eximiria del empeño con sus imprudencias, y sucumbiria bajo el influjo de las dos casas borbónicas juntas. Méno fácil era á la verdad el destronamiento de Maria Luisa á favor de la casa de Parma, en un congreso donde dominaba Francisco II. Pero no era imposible hallar una compensacion para Maria Luisa en la vasta estension de Italia; y en cuanto á Sajonia seguro era que Austria no queria dejar á los prusianos establecerse en Dresde, ni á los rusos á las faldas de las montañas de Bohemia; que todas las potencias secundarias se sublevarian á la simple enunciacion de suprimir un estado como

el de Sajonia; que Inglaterra no podria cerrar los oidos á sus clamores; que sobre todo el parlamento británico estallaria á la sola idea de ver á Rusia ocupar toda la Polonia, y que uniendo á este conjunto de resistencia Francia la suya se verian obligadas á ceder Rusia y Prusia. No habia, pues, más que dejar su accion natural á la fuerza de las cosas, para que los votos moderados de Luis XVIII llegaran á cabal cumplimiento. Al contrario, si se trataba de aprovechar las divisiones para modificar el tratado de París poniéndose de parte de Rusia y de Prusia, el papel se hacia más laborioso y más arduo, aunque escasamente peligroso y de éxito casi seguro, porque á la verdad Inglaterra y Austria no se atreverian á renovar las hostilidades, teniendo encima además de Francia á Rusia y Prusia. Asi en una política como en otra, la de una resignacion tranquila á la paz de París, ó la mejora de fronteras sacada de las divisiones de las potencias, el buen suceso era probable hasta lo sumo. Sin embargo, una dificultad existia para cualquier política que se adoptase, y era la extremada repugnancia que experimentaria Europa de dividirse ante nosotros, y especialmente de introducirnos en sus negocios peculiares, pues sentiria á la vez la confusion de revelar sus miserias interiores, y el peligro de volvernos un papel de grande importancia sirviéndose de nosotros. A vista de esta circunstancia no habia mas que una conducta que seguir en Viena; esperar, tener paciencia, no adelantarse, dejar dividirse á los intereses, y que ya divididos se acudiera á nosotros; hacer desear por fin nuestra intervencion, en lugar de



ofrecerla. Cuanto más la ofreciéramos se daría lugar á que se temiera en mayor grado y á que se nos pagara menos. Solo se podía tomar una actitud de paciencia mezclada de orgullo, y con gran probabilidad de buen suceso, por ser ciertas dos cosas, la division de los intereses, y la necesidad que todos tendrían de Francia, y ante estas dos certidumbres, inevitablemente debía triunfar la política de la expectativa.

Si jamás hubo hombre eminentemente cortado para dar á esta tarea feliz remate, Mr. de Talleyrand era sin duda. Grande por su nacimiento, por su papel ya habia treinta años, por su método de vida, por su imponente y desdeñosa indolencia, hasta el punto de hacer casi de la inercia una virtud, y hasta un epigrama bajo un príncipe que de la actividad habia hecho un vicio, al parecer si alguien debía pecar por impaciencia algun dia en alguna parte, no podía ser Mr. de Talleyrand en Viena. Sin embargo, el temperamento se desvanece ante las pasiones, y tal individuo que semeja el más flemático de los vivientes, se transforma en el más impetuoso cuando siente el aguijón del amor propio ó de la ambicion. Mr. de Talleyrand debía dar un singular ejemplo de esta verdad en la presente coyuntura.

Con efecto, de quince años atrás venia Mr. de Talleyrand representando el primer papel en todas las reuniones europeas: siempre habia sometido á su voluntad y hallado en categoria inferior á la suya á los representantes de las potencias que ahora iba á tener delante como ministros de la Europa victoriosa. Bajo el imperio Mr. de Metternich era ministro modesto en París de una corte

vencida y agobiada; Mr. de Nesselrode era simple secretario de embajada. Penoso debía ser para Mr. de Talleyrand no hallarse cuando ménos al nivel de personajes otras veces tan secundarios y tan deferentes, y le debía resultar una molestia de posicion capaz de perjudicar á su manera de ser en Viena. No consumiéndose en pensar ni en preveer ordinariamente, no habia discurrido si de las divisiones de Europa se podría derivar una coyuntura para que mejorase la condicion de Francia; solo se habia consultado que actitud tomaria en Viena la Francia, por largo tiempo victoriosa, ahora vencida, y qué actitud tomaria su representante. Se habia dicho que, despues de representar al génio todo poderoso, papel dignísimo y muy conveniente y quizá no inferior al de antes, era representar el derecho, que definió con la palabra feliz de *legitimidad*, la cual obtuvo una inmensa boga. De consiguiente iba á Viena muy resuelto á hacerse allí un lugar con el talisman de la legitimidad, que bueno para mucho, sin embargo no lo era para todo. Ciertamente para destronar á Murat y para hacer respetar al rey de Sajonia, la palabra no podia ser de mayor eficacia, pero distaba enormemente de poderse aplicar á todos los casos, pues tomándola plenamente en sério, no habia que tratar con Bernadotte, á quien se daban á halagar las potencias, sino con Gustavo IV, que andaba fugitivo por Europa; no habia que admitir al representante de Fernando VII, que no era rey sino en perjuicio de su padre Carlos IV, el cual, lejos de renunciar sus derechos, se disponia á hacerlos valer por entonces; además seria necesario llamar á los representantes de Génova, de



Venecia, de Malta, de los antiguos electores de Colonia, de Tréveris, de Maguncia y á tantas otras víctimas de quienes se aprestaban á repartirse los despojos. Así se llenara el congreso de fantasmas dejando á la puerta seres reales y prepotentes. A pesar de cuanto la palabra legitimidad contenia de verdadero y de respetable no podia servir para defender á la sazón los más serios intereses de Francia; hacia sonreír á los hombres prácticos que se iban á juntar en Viena y que la empleaban ú omitian segun los casos; tenia el inconveniente de colocarnos en pos de Austria y de Inglaterra, las potencias ménos propicias á repararnos de nuestra derrota, nos encadenaba á su política, y finalmente, ante los dos grandes partidos que iban á dividir á Europa, nos privaba de la libertad de la eleccion, en que se cifraba nuestra principal fuerza.

De consiguiente á pesar de su indisputable superioridad como negociador, Mr. de Talleyrand llegaba á Viena con propósitos quizá no los mejores para que de nuestra nueva situacion sacáramos partido. Nada mas cierto que lo de que se estableceria allí grandemente; más lo de que obrara con provecho ya se resentia de más dudoso. Sin embargo, se podia abrigar la seguridad de que representada por tal personaje, no tendria Francia el papel ni la actitud de una potencia vencida, y ménos aun humillada.

Sea como quiera, saliendo de París el 15 de setiembre, llegó el 23 á Viena. Antevíspera fué de la llegada de los soberanos; pero sus cancelle-  
 rías y sus estados mayores les precedieron en muchos dias, durante los cuales se agitaron impon-

derablemente las lenguas. Muchas cosas que se habia querido dejar en la vaguedad se empezaban á ver á las claras. Enterados los prusianos y los rusos de los designios de sus soberanos, ya no los tenían ocultos. Sin rebozo decian los rusos y con una indiscrecion y una jactancia singulares, que necesitaban toda la Polonia, no acreditando tampoco los prusianos mayor cordura ni modestia, decian que necesitaban la Sajonia. Al parecer ni unos ni otros creian que se pudieran negar estas concesiones á sus servicios.

Desde el primer dia escitaron grande emocion en el congreso tales designios expresados con tanto aplomo. Los principes de segundo orden, alemanes y no alemanes, se sublevaron de ver suprimido un estado de la misma categoría que los suyos, al capricho de un vecino ambicioso y por un hecho que les era comun á todos, el de la alianza con la Francia imperial. Los representantes de todos los demás estados, se espantaban de ver á Rusia que al principio del siglo estaba junto al Vistula, avanzar hasta el Wartha y el Oder, merced á la complicidad de Prusia, y se explicaban de la manera mas calorosa. Unánimes afirmaban que no valia la pena de derrocar la dominacion de Napoleón para reemplazarle tan pronto y tan completa y peligrosamente con otra. A la par de esta ambicion divulgada con tal osadia, les ofuscaba la pretension de concentrar entre cuatro legaciones, las de Rusia, Prusia, Austria é Inglaterra, la direccion de los negocios y de excluir á todos los demás. Se esperaba, pues, á la legacion francesa con impaciencia suma, y aunque no se amara á Francia, sobre todo en un lugar donde abunda-



ban los alemanes, se sentía disposición á colocarse detrás de ella, con tal de que, sin pretender nada para sí propia, se pusiera de parte de los oprimidos, de los excluidos, de los agraviados. En suma, había disposición á dejarse defender, salvar y vengar por ella, con tal de que obrase de una manera gratuita.

Con algo de la habitual flema de Mr. de Talleyrand bastara para irritar singularmente todos estos deseos y convertirlos en una verdadera pasión dentro de poco. Mas apenas llegado á Viena no pudo resistir al espectáculo de que fué testigo. Todos los ministros de las cortes le hicieron el recibimiento debido á uno de los mas ilustres personajes de Europa, personaje que, despues de representar la victoria, hoy representaba la legitimidad, y además era el último tipo de aquella dignidad elegante de otros dias, tan estimada al presente. Grandes y pequeños diplomáticos rindieron homenaje á su persona, frecuentaron su casa, más para lo sério de las cosas observaron otra conducta. Los *cuatro*, es decir los representantes de Inglaterra, de Austria, de Rusia, de Prusia, al mostrarle muchas atenciones, le hablaron poco de negocios, y harto pusieron de manifiesto que no se pensaba acoger su influencia tambien como su persona, y que pretendian hacerlo todo por sí solos, aunque la union de sus intereses distara mucho de igualar á la de sus intenciones. Bulliciosos por lo comun los representantes de las pequeñas cortes, bien enterados y habitudísimos á excitar á los de las grandes unos contra otros, porque se salvan con las divisiones de estos, se agruparon en torno de Mr. de Talley-

rand, y directamente ó por conducto de Mr. de Dalberg, le revelaran el proyecto que tenían los *cuatro* de apoderarse de la direccion de los negocios, y sobre todo de entregar la Sajonia á Prusia, que entregaria á Rusia la Polonia. Estas revelaciones fueron acompañadas de maliciosos comentarios sobre la fuerte inteligencia del rey de Prusia y del emperador de Rusia, sobre la torpeza de lord Castlereagh, sobre la debilidad de Mr. de Metternich, prontos, segun sus aseveraciones, á dejar que se cometieran contra el derecho público los más odiosos atentados, uno por estar falto de habilidad, y otro por carecer de valor para impedirlos.

Sin mas que esperar algunos dias viera monsieur de Talleyrand desvanecerse ante la sublevarcion general el proyecto de los *cuatro*. Pero la resolucion de excluirle formada por las grandes potencias, y que le revelaban las pequeñas, le tocó en lo vivo. Al punto dióse á decir, que Francia, al amparo de la soberanía del verdadero derecho, si era necesario, figuraria como su única representante en Viena, y representante desinteresada, que había inconveniencias que no toleraria nunca é iniquidades á que no se prestaria tampoco. Este lenguaje, usado en voz alta, produjo sensación indecible, cautivó á los ministros de las cortes alemanas de segundo órden, irritó profundamente á los de Rusia y Prusia, y embarazó mucho á los de Inglaterra y Austria, descontentos sin duda de las codicias de que eran blanco la Polonia y la Sajonia, pero asustados de la tempestad que parecia próxima á levantar Francia á la cabeza de las pequeñas cortes.



Los diplomáticos, á quienes contrariaba nuestra actitud tomada tan pronto, y en particular los prusianos, se apresuraron á divulgar que ya se desenmascaraba Francia; que al parecer mostróse al principio resignada á su nueva suerte, pero que ya no lo estaba ahora; que las orillas del Rhin eran su deseo de siempre; que trataba de enredarlo todo á fin de recobrarlas, y que de no unirse fuertemente en su contra, nuevamente organizaria graves daños. Nuestra legacion, y el más activo de sus miembros, Mr. de Dalberg, enlazadísimo con los alemanes, respondieron á estas calumnias que Francia no deseaba nada para sí propia, que su ambicion ya habia concluido, que no pensaba en ningun engrandecimiento, pero que se proponia resistir los engrandecimientos excesivos que amenazaban la seguridad de Europa. Triste era lo de llegar tan pronto á tales protestas, y lo de verse en la obligacion de declararnos satisfechos despues de la conducta observada en el tratado de Paris respecto de nosotros. Al revés, aguardando algun tanto, no descubriendo tan de seguida nuestra marcha, cada cual fomentara nuestra ambicion en vez de denunciarla con el afan de inclinarnos á su partido, y recibiríamos ofertas en vez de tener que anticipar protestas de desinterés que nos encadenaban, más que al tratado de Paris, á nuestra condicion presente.

De todos modos, á los ocho dias de estancia en Viena, ya el plan de cada uno venia á ser como el secreto á voces. Ya se sabia que Rusia codiciaba la Polonia, y Prusia toda la Sajonia; que los estados secundarios se mostraban indignados de resultas; que buscaban cerca de Francia un apoyo, ofrecido

por ésta con suma prisa; que Austria é Inglaterra, embarazadas con este tumulto, á pesar de los designios sospechosos de Rusia y Prusia, persistian en hacerlo todo con ellas sin ruido y sin participacion de las demás potencias. Bajo el brillo de las fiestas por tanto la agitacion era viva y la ansiedad profunda.

Nada bastaria á ponderar la irritacion, y sobre todo el asombro del emperador de Rusia en estos momentos. Tan convencido estaba de las inmensas obligaciones que le debia Europa, que no se acercaba á explicar la resistencia opuesta á sus deseos. En su despecho no veia por donde quiera mas que ingratos, tanto en los alemanes que se negaban á dejarle avanzar hasta el Oder, como en los Borbones que se negaban á entregarle su primo el rey de Sajonia, y finalmente en las mismas Austria é Inglaterra que aprobaban á lo ménos con su silencio los clamores que se levantaban en su contra. De resultas Alejandro hasta habia cambiado completamente, en términos que de dulce y halagador por costumbre, se habia hecho de súbito adusto, altanero y amargo. Lo más fuerte de su irritacion era en contra de nosotros. Segun su dicho, hasta donde le fué posible habia arrancado á Francia de manos de sus vencedores, y habia puesto á los Borbones sobre el trono, y al ministro dirigente, Mr. de Talleyrand, á la cabeza de los negocios. De consiguiente habia colmado la medida de los buenos procederes, para con el pais, y para con el monarca, y para con el ministro, sin recoger más que ingratitudes por parte de unos y de otros. Luis XVIII habia acreditado tan poco miramiento respecto de su persona como de sus opiniones; no